CARTA XXXVII.

Mariano á Antonio.

Antonio mio: Voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del Padre. Ya te acordarás, que quando te encaminabas á la América, y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de este Lugar. Yo me acuerdo de que tú viendo este espectáculo horroroso me dixiste, que aunque por desgracia muchos de los Lugares de España en ciertas Provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba, que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo; y añadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina; tan baxas, que no se podia estar en pie, tan hondas, que el agua no podia salir y estaban siempre húmedas, sus ventanas eran tan pequeñas, que el ayre no podia circular. Así los asilos de aquellos miserables, léjos de servir de reparo á sus fatigas, eran sepulcros de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, y tan llenas de infeccion, que no extrañamos, que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes con el aspecto de hambrientos, y con el horror de la desnudez, y nos presentaban el de la mas lamentable indigencia. Tú partiste, y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el Cielo.

Mi corazon se afligió mas, quando habiendo ido á buscar al Cura, le encontré en una Iglesia obscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apénas presentaba un lugar decente para ofrecer el Sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me pareciéron muy pobres. No pude ocultar al Cura la pena que me causaba este espectáculo. Él me manifestó la suya, y me dixo, que esto le atormentaba en seis años que llevaba de Cura; pero que su Parroquia era en general muy pobre, y que si algunos vivian con tal qual comodidad, los mas eran infelices, y á ninguno sobraba nada.

Me añadió que sus rentas eran cortas, y no bastaban á socorrer los muchos pobres, que sin su auxîlio moririan de necesidad, y que siendo estos los templos vivos de Dios, le parecia que merecian ser preferidos. En fin yo no veia ni escuchaba nada, que no me cubriese de luto el corazon. Lo único que me consoló fué el mismo Cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instruccion. La experiencia nos ha hecho conocer despues su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le dí parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú experimentas; pero una re-

flexîon me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dixe: pues Dios me trae á este Lugar que parece desdichado, y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Vé aquí pues la vocacion de mi vida, vé aquí el destino que me explica el Cielo: tú puedes decirte lo mismo, y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la proteccion del Cielo, y quando se va despacio y con madurez. Hagamos quanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el Cura, y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado, de que en la Ciudad vecina hay un buen Arquitecto, le haremos venir, le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la Iglesia, y nos podemos servir de su talento para concluir esta obra.

Pediremos al Cura que vaya á la Ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y magestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traido aquí el Cielo para ser los Padres de este Pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí, si no la remediara. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir

con estas gentes: todos los pobres son mis hijos, y van á ser objetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos; pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan christianas. Vino el Arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra. La Iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El Cura trajo de la Ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto: y quando todo estuvo pronto, hicimos para bendecir y abrir la Iglesia una funcion devota, en que yo dixe la Misa, y el Cura nos predicó un Sermon. Este Sermon acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro Pastor; pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio; pero con toda la pureza y elevacion que pide el Evangelio, y con la tierna y religiosa uncion de un corazon devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel dia doscientos vestidos de hombre, otros tantos de muger, y quatrocientos de muchachos, y los habia dado al Cura para que los distribuyese entre los mas desnudos. Todos asistiéron vestidos ya con decencia á nuestra Misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dexar de ser devota. Parecia que todas aquellas gentes habian adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosas de verse con una Iglesia mas espaciosa y elevada, en que ya no temian infeccion ni humedad, en que se veia mas luz, se respiraba mejor ayre, y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos

afligiéron mas, fué que entrando un dia en la Escuela, no vimos en ella mas que un corto número de muchachos, á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño, que en un Lugar en donde habia tantos muchachos, hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que todo fué ver al Maestro, que conocimos era un idiota, que apénas sabia leer, ménos escribir, y que solo sabia la Doctrina Christiana por rutina sin entenderla.

El Cura que nos acompañaba nos dixo: que en el Lugar no habia otro ni podia haberlo; porque no era posible proporcionar á un Maestro, que fuera capaz de enseñar bien, un salario competente con que poder subsistir: que esto provenia de que una gran parte de los Padres eran tan pobres, que ni siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada: que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos, y no conociendo la importancia de esta instruccion se descuidaban de enviar á sus hijos, y preferian ocuparlos en cosas que creian mas útiles: que estando la Escuela desierta no era posible pagar un Maestro, y que si el actual hacia esto, era porque no podia vivir de otra manera: y que mejor era aquello que nada, y aun así se veia continuamente precisado á socorrerle.

Con este motivo nos contó, que el año antecedente habia venido al Lugar un hombre nacido en el Lugar mismo: pero que habiéndose criado en la Capital, se habia instruido bien, y era un Maestro excelente: que

estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á mas muy bien enterado en la Doctrina Christiana, y capaz de enseñarla con perfeccion: que habia hecho quanto era posible para detenerle, y que tomase la Escuela del Lugar á su cargo: que el mismo Maestro lo deseaba, porque tenia en él sus parientes y amigos; pero que habian visto que era imposible, porque el abandono general de la Escuela, y la incuria de los Padres imposibilitaba su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el Cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazon. ¿Y dónde está ese hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió á la Capital, dixo el Cura. ¿Y pensais, le volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavia? No lo dudo, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor Cura, concluyó mi amigo; escribidle que venga, vos señalareis el salario que convenga darle, y yo me obligo á hacer que se le dé: que venga, que enseñe á los muchachos de valde, que su obligacion sea instruirlos en la Doctrina Christiana, en leer, escribir, contar y algo de dibuxo, y nosotros haremos lo posible para estimular á los padres á que envien á sus hijos á la Escuela.

En efecto el hombre vino, y ha desempeñado completamente su ministerio. La Escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré despues. Ahora solo te digo, que todos han aprendido fuera de lo esencial al-

guna cosa de dibuxo, y algo del canto de la Iglesia; que responden muy bien á los Oficios, que todos los Domingos y dias de fiesta tenemos Misas solemnes, que yo soy el que las digo de ordinario, que el Cura les hace Sermones verdaderamente útiles y devotos, que todo se practica con la mayor uncion y reverencia, y que te llenarias de edificacion y dulzura celestial, si vieras como pasamos en la Iglesia las mañanas de los dias consagrados al culto del Señor.

Despues te diré cómo pasamos las tardes; pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al Cura, qué educacion se las daba: y este respondió, que ninguna: que no habia Escuela en que aprendiesen, que no tenian mas Maestras que sus propias madres, y que siendo estas ignorantes de todo, no podian darlas mejor educacion, que la que recibiéron: que en quanto á la Doctrina Christiana él procuraba instruirlas; pero que siendo tantas le era imposible instruir bien á todas: que era una lástima ver la grosería, que heredaban las unas de las otras; pues eran pocas las que sabian leer: que esta era la parte mas triste de aquella poblacion; porque las mugeres por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas á las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel afligió mucho á mi amigo, y dixo al Cura: ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy dificil, respondió, porque seria menester establecer una Escuela, dotarla y encontrar una muger

capaz de dirigirla. La muger es lo dificil, volvió á decir mi amigo, porque en quanto á los gastos de la Escuela y su dotacion, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una muger que yo conocia, y les dixe: Yo veo desde aquí una muger, que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la vi en situacion muy desconsolada. Sé que ha tenido una educacion distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una Escuela.

Creo que no se pudiera hacer una eleccion mejor, porque fuera de la instruccion y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa: y no me parece imposible que acepte la proposicion, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice: la muger vino, y ha puesto una Escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado y otras se educan. Ya hay muchas que saben la Doctrina de la Religion con una inteligencia muy superior á la comun, que leen y escriben bien, y ademas han aprendido todas las artes propias de su sexô. Ya no hay padre que no se apresure á enviar á sus hijas, y no podrás figurarte quánto ha influido esta atencion á mejorar las costumbres públicas; ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilmente las que han estado en la Escuela; y esto ha contribuido á derramar entre todas una particular decencia y atencion. Despues te contaré el

destino de estas niñas, quando acaban el tiempo de su enseñanza.

Miéntras nos ocupábamos en estos objetos, haciamos tambien grandes excursiones en el campo, y dabamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo, y reconocer por sí mismo tanto la extension y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veia mas que una porcion inmensa de tierra erial y abandonada: muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del Lugar, puesta en cultivo, y toda la demas en manos de la inculta y agreste naturaleza. Aun aquella porcion que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podia ver sin lástima. La tierra apenas estaba removida, y quando observábamos los tristes Labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dixo mi amigo: Vé aquí por qué esta tierra, aunque sea tan fértil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda, si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco, y se la ayuda ó fertiliza ménos? Y vé aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este Pueblo. Todo país en que la agricultura no florece, será siempre desdichado, porque con ella todas las Artes se fomentan y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba sériamente en buscar un remedio

á este mal, que es la raiz de todos los males políticos y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los Imperios. Pero no era fácil. Un dia me dixo: Yo he hecho reflexiones, y me parece que la causa mas inmediata de la floxedad y abandono que observamos en nuestros Labradores procede de dos principios. El primero es su ignorancia; no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza; pues aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrian los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se la da, y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del exemplo; al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haria bien en destinar una porcion de tierra cerca del Lugar á la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver cómo se cultiva bien una tierra, y mis cosechas que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harán conocer las ventajas del buen cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entónces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido sigas con atencion el raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver, que por lo comun las causas por qué se pierden las cosechas en España, y que tantas veces exponen la Nacion á la miseria, son quatro: ó las aguas excesivas del invierno deslien la tierra y destruyen el grano; ó los yelos tardíos que sobrevienen quando ya están formadas las cañas, les cortan la vegetacion; ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas; ó finalmente los calores bochornosos que producen los vientos meridionales, y que llegan en el momento de la granazon, enxugan el grano, le disminuyen y le hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó diminucion de las cosechas, y que todo lo demas que puede hacerlas mal es un fenómeno extraordinario, de que no debe hacerse caso ni mencion.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo, y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descansada y sea productiva, sino que presenta siempre la misma superficie ya fatigada de haber producido: quando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dexan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren; y en fin quando porque no se ha removido el interior, se conserva el fondo duro, y queda la simiente superficial expuesta á todos los inconvenientes: que por consiguiente no puede nacer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarle con sus raices.

Llamo la tierra bien preparada quando está labrada profundamente, y quando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva, que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor, quando está tan dividida y tan sin glebas, que parece pulverizada; y en fin quando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo ménos quatro pulgadas, y además el fondo en que cae esté bastantemente removido para que pueda penetrarle con sus raices, vegetar y fortificarse.

Es evidente, que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro, que no le es fácil penetrar; por consiguiente no puede robustecerse, y queda aventurado á todas las intemperies: y que en la segunda está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando puede en poco tiempo echar raices profundas, penetrarle, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas por qué se vé angustiada tantas veces la Nacion con la falta ó la cortedad de las cosechas; pues las encontrarás fácilmente en la pequeñez de sus arados, y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios, que hemos dicho ser los que producen estos daños; y hallarás visible, que todas se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro se detienen